

centes. No fueron años propicios para la creación artística, que se vio condicionada, ante la falta de libertad y de seguridad física y jurídica.

La generación de los setenta, tan nutrida y diversa dentro de un horizonte común, se ha ido afirmando luego en algunas individualidades pero que no dejan de caracterizarla. Si bien dominó la figuración con los elementos característicos ya apuntados y el conceptualismo mantuvo su desarrollo, aun al constituirse en elemento conformante del proceso de recuperación de la imagen, artistas de otras generaciones mantuvieron su vigencia.

Del mismo modo, siguieron su curso algunas tendencias muy arraigadas en el arte argentino, como el surrealismo y el geometrismo.

Precisamente, en el Museo Nacional de Bellas Artes se presentó a fines de 1976 la muestra «Dos tendencias en el arte argentino» con obras representativas de esas dos corrientes a lo largo de cuatro décadas de desarrollo en el país.

La generación de los ochenta

Ante un hecho tan reciente e inmediato, tan estrictamente contemporáneo, es legítimo preguntarse sobre su validez. ¿Existe una generación para el arte argentino de los ochenta? La misma periodización a través de décadas es discutible. ¿Quién traza esas líneas divisorias? ¿Cómo?

Sin embargo hay, por lo menos en la inmediatez de lo cercano, una cierta posibilidad de referirnos a una generación que en estos años aparece diferenciándose con bastante nitidez de la anterior. Artistas nacidos hacia finales de la década del cuarenta y durante la siguiente van a ejemplificar nuevas actitudes y modos de abordar el arte, alejándose de los planteos de la generación anterior, aunque a veces, en edad, las diferencias sean mínimas.

En primer término hay que señalar que estos artistas de los ochenta que comienzan a manifestarse hace sólo algo más de diez años lo hacen a partir de algunos referentes que provienen, también, del centralismo europeo. Se trata de la llamada transvanguardia italiana movilizada por el crítico Achille Bonito Oliva.

A partir de ese referente y de un par de visitas que el nombrado realizara a Buenos Aires desde 1980, se podrá observar un primer momento en que esta influencia actuará falsamente como una vanguardia. Palabras como transvanguardia, pintura salvaje o neoexpresionismo —tomado de los alemanes— o *postvanguardia* —con un sesgo más intelectual— se sumarán, en una fase meramente imitativa o epigonal.

Ya a fines de la década anterior, había grupos o enclaves que registraban fuertes influencias, aunque circunscriptas. Así, en Tucumán, en torno de los talleres de arte de su universidad y del pintor Ezequiel Linares (n. 1928) existió un grupo expresionista muy deudor de Bacon.

La pintura salvaje tuvo un peso raudo y efímero. Sirvió, también, para reivindicar a artistas o grupos locales a los que se consideraba precursores de la tendencia en el medio. Así ocurrió con el grupo de la nueva figuración ya mencionado (Deira, Noé, Macció, De la Vega). Todo esto rápidamente pasó. Quiso actuar como una vanguardia a destiempo, sin poder lograrlo ya que la época de las vanguardias había muerto en la etapa preconceptual.

Luego del huracán fueron apareciendo las características que habrían de prevalecer en esta generación. Sin saberes unificadores ni utopías convocantes, esos artistas no reconocen una estética que los defina ni un grupo determinado que los represente. Eclécticos, en constante migración y transformación, fuertemente individualistas, acentúan más bien las diferencias que las afinidades.

Fragmentarismo asumido, una concepción escenográfica del espacio —artificio y simulacro de por medio—, recuperación del pasado, citas, ironía, distancia, adopción del discurso deconstructivo, son algunos de sus aspectos característicos.

Para lograrlo, asistimos al más variado mestizaje de técnicas, medios, imágenes, y aun actitudes vitales y conceptuales. La ambigüedad, la contradicción, la artificiosidad, tras la distancia desdramatizada, es el resultado de esta retórica posmoderna.

Algunos nombres que ilustran el quehacer de esta generación obligan a mencionar en primer término a Guillermo Kuitca (n. 1961) —el más destacado en el exterior—, Ana Eckell (n. 1949), Eduardo Médici (n. 1949), Gustavo López Armentía (n. 1956), Fernando Fazzolari (n. 1949), Marino Santa María (n. 1949), Duilio Pierri (n. 1951), Alfredo Prior (n. 1952), etc.

También puede hablarse de la existencia de una corriente que se podría denominar *neo-arcaica*, que pretende abreviar en formas del arte precolombino desde una mirada actual y manteniendo algunas características posvanguardistas ya enunciadas. Así, Mario Vidal Lozano (n. 1957), Elizabeth Aro (n. 1962), Alejandro Corujeira (n. 1961), Antonia Guzmán (n. 1956), entre muchos otros.

Otras síntesis aparecen en artistas de esta misma generación, como ser, entre la geometría y el arte precolombino, lo ritual y lo sacro, cierto posminimalismo, un nuevo valor dado a lo ornamental, etc. Caminos muy diversos, explorados desde la individualidad en la mayoría de los casos, planteados más bien desde la relativización de los lenguajes, la inestabilidad ambigua de los signos, el carácter incierto de la imagen.

Todo está muy reciente como para extraer conclusiones definitivas. Valga entonces señalar esta dispersión de individualidades unidas por algunas actitudes comunes pero de abordaje y resolución personal, como una de las características más salientes de la generación de los ochenta.

Por otra parte, así como los artistas de las décadas anteriores, particularmente los de los años sesenta, se preocupaban por parecerse a los modelos que provenían de los países centrales y sumarse a ellos en una pretendida paridad universalista, los de esta generación de los ochenta actúan de manera contraria. Es decir, que privilegian las diferencias y su objetivo principal está más bien en acentuarlas y destacarlas.

Las individualidades

No es nuestro deseo caer en el señalado error de considerar el arte argentino desde generaciones, movimientos o tendencias. Al fin y al cabo, todo en ello es provisorio y cambiante, según la posición en que uno se coloque.

Lo que realmente queda en la Historia del Arte son las obras y el aporte auténticamente creador de cada artista. Por eso las perspectivas del tiempo son determinantes. Creer que caracterizamos el arte de nuestro país por citar a grupos o corrientes que se identificaron o destacaron en un momento determinado, puede ser una presunción parcial y a la vez excesiva.

Hay figuras, individualidades, que, en estos años, han seguido operando, creando sus obras con relativa independencia de grupos y tendencias, y hasta dentro de una cierta intemporalidad. Ellos son, tal vez, los que mejor establezcan una línea de creatividad del arte en la Argentina, por encima de las contingencias o a pesar de ellas.

Tal es el caso de Antonio Berni (1905-1981), cuya vasta obra está siempre asociada a diversas formas del realismo, con acentos que cambiaron a través de las épocas, pero centrada siempre en el hombre, en una mirada descarnada y profunda.

Otro ejemplo es Libero Badii (n. 1916), un gran escultor que en la última década se dedicó a pintar, con extrema originalidad, basándose en una imagen personal y a la vez americanista.

Hay que mencionar, también, a Alfredo Hlito (n. 1923), artista proveniente de las corrientes neoconcretas, que ha desarrollado una obra original, basada en estructuras arcaizantes. El escultor Alberto Heredia (n. 1923) es otra figura singular por una obra cargada de fuertes significaciones.

Otro escultor de la misma generación, Enio Iommi (n. 1926), opera con recursos muy diversos, incluyendo adoquines, alambres y materiales de de-



Pablo Suárez: «Para empedrar el camino al cielo», 1992.
Detalle instalación.

secho. Gyula Kósice (n. 1924) trabaja con el agua, la luz y el movimiento, y continúa realizando grandes obras.

En la suma de individualidades hay que añadir a Víctor Magariños (n. 1924) con una pintura muy cerebral, con resabios neoconcretos y desarrollos espaciales muy particulares. Así habría que añadir a Carlos Alonso (n. 1929), un dibujante excepcional y un pintor lleno de matices; a Marcelo Bonevardi (n. 1928), realizador de pinturas-construcciones de notable ejecución y poderosa imagen; a Antonio Seguí (n. 1935), con una pintura narrativa, llena de ironía y humor, que aborda temáticas diversas y actuales; a Blas Castagna (n. 1935), que utiliza materiales y fragmentos de desecho natural e industrial y los resignifica; a Adolfo Nigro (n. 1942), que recoge la tradición del taller de Torres García desde una recomposición original, que es un verdadero lenguaje creador; a Hernán Dompé (n. 1945), un escultor de excepcional creatividad por los materiales que emplea y las imágenes que logra; a Jorge Diciervo (n. 1947), cuya pintura emblemática, a partir de formas por él creadas, tiene una fuerte iconicidad.

Todos ellos conforman un panorama creativo y actual del arte argentino. Desde la diversidad más amplia, sin agotar los medios expresivos, sino ampliándolos. Sin caer en dogmatismos ni en absolutismos ideológicos. Tan diversos, como lo somos los argentinos. Hace menos de un siglo, en 1915, Buenos Aires había quintuplicado en veinte años su población, y los extran-

jeros seguían siendo mayoría sobre los nativos. ¿Cómo podemos esperar de nuestro arte otra cosa que no sea esta gran variedad de aperturas, este constante ensayo sobre el mestizaje y la diversidad?

Pareciera que el complejo de inferioridad ya es cosa del pasado. Hay un arte de los argentinos. Hay un arte que responde a la realidad actual y no a ficciones o artificios. La sociedad argentina aún no se ha percatado de ello, a pesar del espacio público que el arte ocupa. Pero éste es un fenómeno más complejo, que escapa a esta mirada sobre nuestro arte. Forma parte de un tema característico del arte contemporáneo: el abismo existente entre la obra actual y el público. La acción que se entabla entre autor y receptor, y la pregunta final acerca de quién da verdaderamente sentido a la obra.

Fermín Fèvre

